

¿En Armonía con la Iglesia o con la Palabra?

La Verdad No la Define la Multitud...

Por Luis Felipe Torres

Texto Base: «No seguirás a los muchos para hacer mal» (Éxodo 23:2)

Analogía

Imaginemos por un momento un faro en medio de una noche tormentosa. Los marineros de un barco que se acerca a la costa peligrosa miran ansiosos hacia la orilla, esperando ver la luz que les indique el camino seguro. Pero supongamos que alguien les dijera: «No miren al faro; miren a los otros barcos. Si la mayoría de los barcos van hacia la izquierda, entonces ese debe ser el camino correcto». ¿No sería absurdo? ¿Acaso la dirección de la multitud define dónde están las rocas? ¡Claro que no! La verdad del camino la define la costa, no los barcos.

Así también, hermanos, en la iglesia del Señor. Muchos hoy creen que un predicador es «bueno» cuando está en armonía con la congregación, cuando no causa problemas, cuando la mayoría lo aprueba. Pero ¿acaso la multitud define la verdad? ¿Acaso el voto popular decide lo que Dios ha dicho? No, hermanos. La verdad la define Dios en su Palabra, no los hombres ni las mayorías. El predicador fiel no debe su lealtad a las opiniones de la iglesia, sino a la voz del Señor revelada en las Escrituras.

Introducción

El problema planteado: En muchas congregaciones del Señor ha surgido una idea peligrosa, una falacia sutil que ha dañado la obra de muchos evangelistas fieles. Esta idea dice así: «*Un predicador, para que sea bueno, debe estar en armonía con la iglesia*».

A simple vista suena razonable. ¿No debemos estar en armonía los unos con los otros? ¿No nos manda Pablo: «*Estad perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer*» (1 **Corintios 1:10**)? Ciertamente, la unidad es un mandato divino. Pero el problema surge cuando se usa este principio para silenciar la verdad, para doblegar al predicador a la voluntad de la mayoría, y para definir lo correcto según lo que la congregación quiere oír, no según lo que Dios ha dicho.

La verdad que debemos proclamar: La Escritura nos enseña algo muy distinto: el predicador debe estar en armonía con la Palabra de Dios, aunque eso signifique estar en desacuerdo con la iglesia. Porque la verdad no la definen los hombres ni las multitudes; la define Dios en su Palabra.

Hermanos, hoy vamos a examinar juntos esta falacia a la luz de las Escrituras, para que aprendamos a amar la verdad más que la popularidad, y para que nuestros predicadores tengan el valor de predicar «*a tiempo y fuera de tiempo*» (2 **Timoteo 4:2**), sin temor a los hombres.

I. La Falacia: «Armonía con la Iglesia» como Criterio de Verdad.

A. ¿Qué significa realmente esta falacia?

1. Muchos creen que si un predicador está en armonía con la congregación —con los ancianos, con los diáconos, con los hermanos influyentes— entonces es un buen predicador. Y si hay desacuerdo, si el predicador confronta, si reprende el error, entonces es «problemático», «divisionista» o «falta de amor».
2. Pero hermanos, ¿dónde dice la Escritura que la mayoría tiene la razón? ¿Dónde dice que la paz a cualquier precio es la voluntad de Dios?

B. El peligro de seguir a la multitud.

1. La Palabra de Dios nos advierte repetidamente:

- a) *«No seguirás a los muchos para hacer mal» (Éxodo 23:2).*
2. El pueblo de Israel siguió a la multitud cuando adoró el becerro de oro (Éxodo 32). La multitud pidió a Barrabás en lugar de Jesús (Mateo 27:20-21). Pablo mismo tuvo que resistir a Pedro cuando este se apartó de la verdad, y muchos hermanos le siguieron en su hipocresía:
 - a) *«Pero cuando Pedro vino a Antioquía, le resistí cara a cara, porque era de condenar. Pues antes que viniesen algunos de parte de Jacobo, comía con los gentiles; pero después que vinieron, se retraía y separaba, temiendo a los de la circuncisión. Y en su simulación participaban también los otros judíos, de tal manera que aun Bernabé fue también arrastrado por la hipocresía de ellos» (Gálatas 2:11-13).*
3. ¿Era Pedro un buen predicador cuando estaba en armonía con la multitud de judíos? ¡No! Pablo lo confrontó porque la verdad del evangelio estaba en peligro.

C. El ejemplo de los corintios.

1. En la iglesia de Corinto, los hermanos se dividían siguiendo a hombres: *«Yo soy de Pablo», «yo de Apolos», «yo de Cefas», «yo de Cristo» (1 Corintios 1:12).* ¿Cuál era el problema? Habían puesto su mirada en hombres, no en la Palabra. Pablo les corrige diciendo:
 - a) *«Esto, pues, digo, que ninguno de vosotros se glorié en los hombres» (1 Corintios 3:21).*
2. Y añade algo crucial:
 - a) *«Esto, hermanos, lo he presentado como ejemplo en mí y en Apolos por amor de vosotros, para que en nosotros aprendáis a no pensar más de lo que está escrito» (1 Corintios 4:6).*
3. La regla no es la opinión de la iglesia, sino **«lo que está escrito»**.

II. La Verdad: El Predicador Debe Estar en Armonía con la Palabra de Dios.

A. La lealtad suprema es a Cristo, no a los hombres.

1. El apóstol Pablo fue clarísimo en esto:

a) «Pues ¿busco ahora el favor de los hombres, o el de Dios? ¿O trato de agradar a los hombres? Pues si todavía agradara a los hombres, no sería siervo de Cristo» (**Gálatas 1:10**).

2. Y a los tesalonicenses les escribió:

a) «No como para agradar a los hombres, sino a Dios, que prueba nuestros corazones» (**1 Tesalonicenses 2:4**).

3. Hermanos, el predicador fiel **NO** tiene como objetivo principal agradar a la congregación. **SU OBJETIVO ES AGRADAR A DIOS**. Y si para agradar a Dios tiene que incomodar a los hombres, que así sea.

B. El predicador debe presentarse aprobado por Dios, no por los hombres.

a) «Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad» (**2 Timoteo 2:15**).

2. Pablo no le dice a Timoteo: «**Procura presentarte aprobado por la iglesia de Éfeso**». Le dice: «**PRESENTARTE A DIOS APROBADO**». El tribunal que importa no es el de los hombres, sino el de Dios.

3. Pablo mismo declaró:

a) «En cuanto a mí, es de poca importancia que yo sea juzgado por vosotros, o por cualquier tribunal humano; ni aun yo me juzgo a mí mismo. Porque aunque de nada tengo mala conciencia, no por eso soy justificado; **el que me juzga es el Señor**» (**1 Corintios 4:3-4**).

C. La Palabra de Dios es la única autoridad.

1. No podemos medir la verdad por lo que la mayoría dice o por lo que la iglesia local prefiere. La verdad está en la Palabra:

a) «Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra» (**2 Timoteo 3:16-17**).

2. Y Pedro nos recuerda:

a) «Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios» (**1 Pedro 4:11**).

3. No conforme a las tradiciones de la iglesia, no conforme a lo que «siempre se ha hecho aquí», no conforme a lo que los ancianos prefieren, sino **conforme a las palabras de Dios**.

III. Consecuencias de Buscar la Armonía Humana en Lugar de la Divina.

A. El peligro de agradar a los hombres.

1. Jesús confrontó duramente a los fariseos porque buscaban la aprobación de los hombres más que la de Dios:
 - a) «*¿Cómo podéis vosotros creer, pues recibís gloria los unos de los otros, y no buscáis la gloria que viene del Dios único?*» (**Juan 5:44**).
2. Y en otro lugar:
 - a) «*Mas hago todas las cosas para agradar a Dios, no a los hombres*» (**Gálatas 1:10**).
3. Cuando un predicador busca agradar a la congregación para mantener su salario, su posición o su popularidad, deja de ser siervo de Cristo y se convierte en siervo de los hombres.

B. El ejemplo de los falsos profetas.

1. Los falsos profetas de Israel eran aquellos que decían «*Paz, paz*» cuando no había paz (**Jeremías 6:14**). Decían lo que el pueblo quería oír, no lo que Dios decía. Pero el verdadero profeta, el verdadero predicador, debe hablar la verdad aunque duela:
 - a) «*Clama a voz en cuello, no te detengas; alza tu voz como trompeta, y anuncia a mi pueblo su rebelión*» (**Isaías 58:1**).
2. Esteban no buscó armonía con la multitud. Predicó la verdad y fue apedreado (**Hechos 7**). Pablo no buscó armonía con los judíos. Predicó la verdad y fue perseguido. Jesús no buscó armonía con los fariseos. Predicó la verdad y fue crucificado.

C. El llamado a predicar la verdad aunque ofenda.

1. Pablo dio esta solemne instrucción a Timoteo:
 - a) «*Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo, que juzgará a los vivos y a los muertos en su manifestación y en su reino, que prediques la*

palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina. Porque vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas» (2 Timoteo 4:1-4).

2. El predicador fiel no predica lo que la iglesia quiere oír; predica lo que Dios ha dicho. Y si la iglesia se aparta de la verdad, el predicador debe redargüir, reprender y exhortar, aunque eso signifique perder su «**armonía**» con ellos.

IV. Aplicación Práctica para la Iglesia y el Predicador.

A. Para la congregación: Valoren la verdad sobre la comodidad.

1. Hermanos, ¿estamos dispuestos a escuchar la verdad aunque nos duela? ¿O preferimos predicadores que nos halaguen, que nos hagan sentir bien, que nunca confronten nuestros pecados?
2. Pablo advirtió que vendría tiempo cuando la gente buscaría «**maestros conforme a sus propias concupiscencias**» (2 Timoteo 4:3). ¿Estamos viviendo en ese tiempo?
3. Preguntas de reflexión:
 - a) ¿Cuándo fue la última vez que un sermón te confrontó personalmente con tu pecado?
 - b) ¿Te alegras cuando el predicador habla con valentía, o prefieres que «**no toque ciertos temas**»?
 - c) ¿Has presionado a tu predicador para que se calle sobre temas que te incomodan?

B. Para el predicador: Mantén fidelidad aunque causes división.

1. Jesús dijo claramente:
 - a) «*No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada. Porque he venido para poner en disensión al hombre contra su padre, a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su casa*» (Mateo 10:34-36).

2. La verdad de Dios divide. No porque Dios quiera división, sino porque la luz y las tinieblas no pueden mezclarse. Si tu predicación es fiel, habrá quienes te rechacen. Pero tu consuelo es este:
 - a) *«Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos» (Mateo 5:11-12).*
3. Preguntas de reflexión:
 - a) ¿Has callado la verdad por miedo a perder tu salario o tu posición?
 - b) ¿Buscas más la aprobación de los hombres o la de Dios?
 - c) ¿Estás dispuesto a predicar «a tiempo y fuera de tiempo» aunque nadie te apoye?

C. Para ambos: Crezcan en el conocimiento de la Escritura.

1. La única manera de no ser engañados por las falacias humanas es conocer la Palabra de Dios:
 - a) *«Escudriñad las Escrituras; porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí» (Juan 5:39).*
2. Los bereanos fueron más nobles porque *«recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así» (Hechos 17:11).* No aceptaron ciegamente lo que Pablo enseñaba; lo confrontaron con la Escritura.
3. Así debe ser en la iglesia del Señor. Ni el predicador ni la congregación tienen autoridad por sí mismos. Ambos deben someterse a *«lo que está escrito»*.

Conclusión

Hermanos, hemos visto que la falacia de que *«un predicador para que sea bueno debe estar en armonía con la iglesia»* es peligrosa porque pone la autoridad en los hombres y no en Dios. La verdad no la define la multitud; la define la Palabra de Dios.

El predicador fiel debe estar en armonía con la Palabra, aunque eso signifique estar en desacuerdo con la iglesia. Su lealtad es a Cristo, no a los hombres. Su aprobación viene de Dios, no de la congregación.

El mundo religioso está lleno de predicadores que dicen lo que la gente quiere oír. Hay iglesias que han despedido a predicadores fieles porque predicaron la verdad incómoda. Pero nosotros, hermanos, no somos de los que retroceden.

Recordemos las palabras de Pablo:

«Por tanto, hermanos míos amados, estad firmes y constantes, creciendo en la obra del Señor siempre, sabiendo que vuestro trabajo en el Señor no es en vano» (1 Corintios 15:58).

Y las palabras de Pedro:

«Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él sea gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amén» (2 Pedro 3:18).